

Sergio Mondragón, ochenta años

El reino imantado del poema

Salvador Gallardo Cabrera

El pasado 14 de agosto llegó Sergio Mondragón, el autor de El aprendiz de brujo, a las ocho décadas de vida. Desde su juventud, participando en la mítica revista El Corno Emplumado, el poeta mexicano nacido en Cuernavaca dio muestras de su temple heterodoxo y su apertura creativa a riesgos y alcances líricos, como explican Salvador Gallardo Cabrera y Evodio Escalante.

Quizás el afán primero, y a veces oculto, de las poéticas, las retóricas y las teorías literarias sea mostrar cómo se organizan las palabras, los afectos y las cosas en los poemas; cómo se dan las alianzas entre las imágenes, a través de qué procedimientos se encabalgan los ritmos y se forman las sintaxis nuevas. ¿Qué *episteme* sostiene tal línea de parentesco entre las imágenes y los saberes lingüísticos? ¿Qué estructuras nos hacen escribir de tal modo? ¿Cómo se trenzan y destrenzan las palabras para hacer aparecer una región del mundo?

En *Hojarasca* (2005) hay un poema en el que Sergio Mondragón (1935) nos descubre que el vínculo entre el lenguaje, el mundo, los afectos, las visones y tretas del poeta es la imantación:

El lenguaje,
el cuerpo, el mundo y su paisaje...

El poeta,
sus piruetas,
sus visiones y sus tretas:
en el reino imantado
del poema,
donde todo se ve transfigurado.

La imantación es una fuerza ligada a una acción y a un efecto; una fuerza menor, sutil, que actúa por frotamiento o contacto directo (una manera de imantar un cuerpo es simplemente hacerlo girar), por inducción o a través del empleo de una fuerza mayor, como la corriente eléctrica. Me gusta pensar que deviene del magnetismo terrestre, pero su alcance es limitado, no es una fuerza cósmica como la gravedad ni rige los intercambios entre las esferas celestes y el mundo sublunar. A pesar de su discreción, la fuerza de imantación transforma lo

que relaciona, cambia la estructura molecular de las cosas. Para Sergio Mondragón, en el reino imantado del poema “todo se ve transfigurado”: la imantación transfigura la polaridad de los cuerpos, de las cosas, de las palabras; la aumenta o la anula. Es por ello que durante siglos y siglos, brujos, chamanes, sabios, magos y poetas emprendieron viajes de exploración por zonas inhóspitas, siguiendo cordilleras fracturadas o ascendiendo a montañas nimbadas por nubes cónicas, atravesando valles, ríos, mares, desiertos, para hacerse de una piedra imán que les ayudase a practicar la virtud, esa forma de la transfiguración, es decir, del cambio de la polaridad de una persona.

En lo que sigue quiero recorrer tres regiones de la obra poética de Mondragón en donde aparecen varios modos de la imantación. La primera región es el espacio natural. No se trata de la naturaleza extendida en los bosques y de la noche rústica de Othón, ni de la naturaleza elástica de olas y selvas de Pellicer, no es la naturaleza contrapuesta a la ciudad, ni tampoco el recuerdo de un lugar virginal de la infancia o de un lugar puro y alejado en donde el místico pudiera sumergirse. Para Sergio Mondragón la naturaleza es un lenguaje que imanta, que se articula en “distintas vertientes entre la tierra y el cielo”, de ahí que sus señales aparezcan en todos lados. La naturaleza no es más grande cuando habla en los océanos ni más pequeña cuando lo hace como hierba desde una ranura en la banqueta. Esa imantación se da en forma de interpenetración, como cuando imaginación y realidad, dos dimensiones, se encuentran, y entonces “el oído no sólo oye sino que ve / piensa / y siente”; o en forma de participación en un acontecimiento como un amanecer o un crepúsculo.

En sus cinco libros de poemas, Sergio Mondragón ha investigado las cualidades de los acontecimientos naturales, de sus ritmos, y de la mezcla luminosa de los elementos. Un acontecimiento —un amanecer, por ejemplo— forma parte del curso actual de nuestras vidas, no pasa por fuera, nos transforma, nos pide atención y sacude nuestra percepción adormilada. Un atardecer es un umbral que nos pone en movimiento, las letras de la madrugada “brotan sin descanso”, el día y la noche “se acarician desnudos y gozosos reforzando nuestras vidas”.

La vida es muy vasta, nos recuerda Mondragón en *Vértigo*, pero puede anudarse en forma de seres y cosas pequeñas; aprendemos en las escalas menores, en lo cotidiano, lo grande: “Aprendemos las cosas del cosmos / los asuntos naturales... / en el tenue sabor de una taza de té”. Así también, la naturaleza se desgeneraliza en los espacios naturales intermedios: parques, patios, calles arboladas, camellones que nos permiten contrarrestar, aunque sea de pasada, el mal que aqueja a nuestras ciudades: la pérdida del espacio que nace del miedo a la

ciudad. Desde esos espacios intermedios, el poeta observa que “el mundo cambia ante los ojos de todos”; los pájaros, las ramas, los insectos, los transeúntes, las frondas de los árboles, las nubes, el follaje, la lluvia dan muestra de ello. El parque “con los brazos abiertos y sedientos”; el parque “jeroglífico de reposo y ejercicio”, en cuyas veredas la imantación “transmuta el fuego de los cuerpos”. El jardín de “setos en desorden”, el patio en donde el escriba prepara su escritura. Es la *vida breve*, la rica “vida en medianía” donde los espacios intermedios, los acontecimientos y los elementos crean las nuevas articulaciones del lenguaje de la naturaleza.

La segunda región es la del poema como espacio de imantación y transfiguración. Sergio Mondragón ha sostenido a lo largo de su obra una interrogación constante sobre las funciones del poema, sobre su organización y

© Javier Narváez



Sergio Mondragón

su gravitación en la vida. Es una interrogación quebrada en múltiples direcciones y única en nuestra poesía al menos por dos razones: está hecha en tono menor, en el tono de la vida breve, muy alejado de la grandilocuencia con que, entre nosotros, se han intentado experimentos similares. Y segunda, porque esa interrogación se da en el poema en curso, crece entre sus líneas e imágenes, es una interrogación en acto a la que no se le sobrepone una reflexión exterior. Desde la exploración de los ritmos y de la orientación musical de los versos del poema en curso, Mondragón pregunta por las funciones del poema, no por su esencia: “Construyo un artefacto de sonido / y movimiento. Pinto en él formas extrañas / que respiran de inmediato”.

Desde el encadenamiento en enjambre de sus poemas en prosa, pregunta por los elementos que imanta, no tematiza sobre el fin del poema. Entre versos de diverso arte, utilizando —desde el presente; jamás como un anticuario— los variados recursos de la lengua, se pregun-

ta por el poema transformando su sintaxis, abriéndolo o cerrándolo, expandiendo sus alcances con un adjetivo afortunado, acelerando la respiración de los versos al no utilizar puntuación alguna, creando un efecto de cascada donde cada verso tiene su lugar e irradia a los que le preceden lo mismo que a los que le siguen.

En *Los lenguajes*, la sección con que abre *El ocre de los lodos* (1991), Mondragón despliega su poética de la vida breve: “Quiero hablar con claridad / hasta alcanzar la comprensión; / no quiero hablar de la sintaxis cósmica... / no cantar sin la respiración de la naturaleza”. Los títulos de los poemas anuncian sus propósitos: “Escritura de la poesía”, “La asombrosa prisa del poema”, “Abrir las compuertas del habla”, “Antipoema”, “Escribo un poema”, “Retórica moderna”, “El cuerpo de la loca poesía”. Se escuchan los mecanismos, el trabajo “con el lápiz del día”, las persecuciones de una palabra, las tachaduras, las caminatas y el rumor de la calle, los trabajos de observación activa, los frotamientos, la transpiración de las cosas del mundo. La poética de la vida breve no es antiintelectual ni reniega de la filosofía o de la vida contemporánea. Lo que busca es un sesgo creativo, una nueva posición para adentrarse en el acto poético; en ese sentido podría decirse que es una poética que aspira a borrarse a sí misma en el propio devenir del poema.

En este filamento de la vida breve aparece la tercera región de la imantación en la obra de Sergio Mondragón: la creación de sí a través de la práctica poética. El poeta no es un ser de excepción, pero busca crear, entre las cosas que pueblan el mundo, entre nuestros desplazamientos cotidianos en la ciudad, una vibración nueva en la vida, una ondulación que refuerce una presencia, una comunidad, una amistad. El mundo abierto en la vida breve y en forma de pequeñas cosas requiere una atención extrema y un aprendizaje continuo. “Mantenerse educable”, la máxima de Goethe, es también una de las divisas de Sergio Mondragón. La poesía es una acción y una construcción y puede variar, así sea fugazmente, la orientación de las personas. El poeta se prueba en la escritura y pone a prueba el lenguaje. Y si la imantación de sus palabras está dirigida al crecimiento y no a la anulación, es posible compartir una acción contemplativa como sucede en *Surtidor*, o mostrar cómo aparece un poema, o seguir a un burócrata que se dirige a su trabajo, o hacer del poema un acto de resistencia como en los *Tres poemas mexicanos en prosa*.

A Sergio Mondragón le debemos mucho. Pero no es el momento para hacer recuentos ni homenajes, sino para entablar proyectos. Su vida en la poesía tiene mucha fuerza, me recuerda al guardián del cerro de las siete cuevas donde aguardaba Coatlicue: al subir el cerro de arena rejuvenecía a cada paso; era el guardián de la mezcla perfecta de sobriedad y energía siempre nueva.

